

*maría
romana herrera*

ladronas
de
lenguaje

“Se requiere una gran energía para hacer que cohabiten en el fondo de sí un hombre en el mundo de los hombres y una mujer que se rehusa a aniquilar sus propias concepciones y se sirve de ellas para contrastar las opiniones que le son impuestas”.

Con estas palabras sintetiza Claudine Herrmann, en su libro *Les voleuses de langue* * (traducción literal: Las ladronas de lengua o lenguaje), su visión de la condición femenina frente a la cultura que, como producto masculino, le es transmitida por la educación familiar y escolarizada. A lo largo de la historia, dice Claudine Herrmann, la mujer ha recibido en herencia una cultura hecha a partir de la sensibilidad y el entendimiento masculinos; cultura que se ha elaborado al margen de las peculiares maneras de pensar y de sentir de la mujer; cultura que de hecho es un producto colonizado.

De esta manera, la apropiación, por parte de la mujer, de los valores vigentes ha implicado siempre que en ella se establezca un campo de conflicto entre lo propio y lo ajeno, entre dos maneras diferentes de comprender las ideas, los conceptos, y de expresar los sentimientos, entre dos lenguajes y dos entendimientos.

Esta situación interna de la mujer se ha traducido en una especie de mutismo involuntario no sólo por el hecho de que su voz nunca ha sido escuchada en el amplio contexto social, sino también debido a que la expresión de lo que constituye su particularidad, como ser que piensa y siente de manera diferente, ha sido constantemente reprimida, suprimida. Así, cuando ella comunica ideas, maneja conceptos, sólo repite frases inventadas por otros, como un eco de voces ajenas, y cuando expresa sus deseos, sentimientos, ensueños y pasiones de una manera “natural”, propia, se le juzga indigente, desquiciada o loca. Cabe decir, pues, que la mujer logra sus mayores “triumfos” cuando su alienación es más completa, cuando paga el precio de la sumisión: cuando hace a un lado lo que le es propio y permite que la voz del